

Historia Oral y los sobrevivientes del terremoto



Indira Chowdhury

Fundadora y directora del Centre for Public History at the Srishti Institute of Art, Design and Technology, Bengaluru. Antigua profesora de la Jadavpur University, Kolkata, India. Presidente de la Asociación Internacional de Historia Oral (IOHA)

Patan, 25 de abril, 2015: Me desperté lleno de anticipación ya que iba a entrevistar al historiador cultural Satya Mohan Joshiji, de 95 años de edad. La tarde anterior del 24 de abril, había pasado por su casa. Él estaba justo a punto de salir a inaugurar una conferencia y no pudimos hablar. Me pidió que volviera la mañana del 25 a las 9.

Cuando llegué me dijo que no deseaba que grabara la conversación dado que no estaba preparado y no quería cometer “errores”. Había oído de Kanak Mani Dixit, que Satya Mohanji no se encontraba bien de salud y hacía poco había sufrido un accidente cerebrovascular. Él me lo dijo y agregó que no podía hablar por mucho tiempo.

La conversación duró una hora y media. Él alternaba entre el inglés e hindú. Cantó para mí en nepalí. Nada de esto está en la grabación. Como un historiador oral, tuve que respetar sus deseos. Era la única forma de construir un vínculo de confianza. En mi mente, pensé que aquella era apenas nuestra primera reunión y que luego ya habría tiempo para grabar una entrevista más elaborada.

Mientras hablaba, percibí que Satya Mohanji tenía una forma especial de hablar que hacía que las cosas cobrasen vida. Yo tomaba nota de lo que decía garabateando rápido y furiosamente, esperando no olvidar cómo decía las cosas, dónde hacía las pausas en momentos y que tan completamente a gusto se encontraba, contándome su vida. Me sentí emocionado e inspirado. Al terminar, tuve que parar en el Café Swotha para poder comenzar a reconstruir el proceso de la entrevista desde mis anotaciones. Mi experiencia como historiador oral me había acostumbrado a ello. Una voz grabada hace algo extraño, trae de regreso recuerdos del momento y el entorno de la entrevista. A veces el *koel* en el fondo o la llegada del té. Otras veces ese momento cuando la conversación toma caminos más personales. Y también estaban esos largos silencios cuando el entrevistado piensa como desea contestar a tu pregunta. El que Satya Mohanji me hubiese negado grabar la entrevista acababa con todos aquellos privilegios. Pero esta particular no grabada entrevista me había dado algo diferente, algo raro y extraordinario, la comprensión de que el poder de la voz se mantiene indeleblemente marcado en la memoria, haciéndote recordar no solo las palabras y cómo fueron dichas, sino también lo que el narrador atesora o aborrece, lo que en él habita y aquello que quiere dejar afuera. Quizás, sin un grabador de por medio, practicamos una diferente y más profunda forma de escuchar. Inconscientemente nos esforzamos más con nuestras propias fragilidades por aferrarnos a las historias del



narrador en tanto buscamos restaurar lo que significan. Otra cosa que descubrí es que la entrevista a Satya Mohanji significó algo más para mí y es esta la reflexión que deseo compartir con ustedes, compañeros sobrevivientes y mi más inspirador grupo de “estudiantes”. Lo pongo entre comillas porque he aprendido tanto de ustedes que es difícil considerarlos sólo “estudiantes”.

Cuando estaba terminando la entrevista le pregunté a Satya Mohanji sobre el terremoto de 1934. Cuento aquí lo que respondió, reconstruyéndolo a partir de mis notas, mi memoria y el poder de la voz que se mantiene conmigo.

IC: Quería preguntarte, ¿recuerdas el terremoto de 1934?

SMJ: ¿Por qué no lo haría? Si sólo fue hace ochenta años.

Ochenta años me parecía a mí bastante tiempo pero no para este historiador que mantenía vívidos recuerdos de la experiencia. Lo recordaba como si hubiera pasado hacía sólo un par de días. Satya Mohanji tenía 14 o 15 años en ese momento. Vivía con su padre, Shankar Raj Joshi, en los cuartos del Hospital Escuela en Maharganj. Su padre trabajaba ahí y Satya Mohanji lo ayudaba. Su madre y hermana recién nacida vivían en su casa, en Walkhu. Cuando el terremoto ocurrió, el 15 de enero, Satya Mohanji recordó que estaba en su cuarto con un amigo mirando a través de la ventana como los árboles temblaban. “Se movían así” me dijo haciendo el gesto como de una serpiente arrastrándose.

SMJ: ¡Nunca había visto algo así! Mi amigo y yo empezamos a aplaudir a los árboles que se bamboleaban. En ese momento el casero llegó y nos sacó hacia el terreno de enfrente. Nos dijo: “¿No saben lo que está ocurriendo?”. Fue ahí cuando escuchamos los gritos, el *kolahol*, el sonido de gente llorar. Preguntamos que había pasado. El casero nos dijo que el Palacio se había venido abajo y la casa se había agrietado.

Al volver del hospital mi padre dijo que tendríamos que ir a casa a averiguar si mi madre y mi hermana estaban bien. Nos tardó más de dos horas en cruzar el río Bagmati. La gente lloraba. Las casa se desmoronaban. Y las aguas del Bagmati se habían teñido por el barro.

Cuando llegamos a la casa descubrimos que dos de las tres plantas se habían venido abajo. Mi padre me dijo: “Tu madre ya no está”. Creímos que ambas habían muerto.



Entonces los vecinos nos vieron y nos llevaron al refugio donde se encontraba mi madre y la bebé. Ambas estaban a salvo.

Satya Mohanji señaló la habitación en la que estábamos. Una parte de la misma había sido destruida en 1934. Ahora estaba reconstruida. En el techo había una pieza de madera tallada rescatada de la casa anterior. “Esto pertenecía a la vieja casa. Sobrevivió al terremoto.” Miré la madera maravillado por la habilidad del desconocido artesano que la había tallado y maravillado a su vez por que hubiese sobrevivido al terremoto.

Finalicé mi entrevista con Satya Mohanji a las 10.30 del 25 de abril. Permanecí en el Café Swotha por más de una hora reflexionando, reconstruyendo los primeros momentos de la entrevista. Por un breve momento me pregunté si debía echar un vistazo a la plaza Patan Durbar pero cambié de opinión y me decidí por visitar el Workshop. Incluso ahora me pregunto que me llevó a hacer eso.

A las 11.15 estoy sentado en la clase donde mi colega, Padmini, enseña. La clase está ocupada en una viva discusión acerca de los formatos digitales y como era la mejor forma de preservar la información para el futuro. El terremoto nos golpeó a las 11.56. Al principio no entendí que ocurría pero el resto de la clase sí. Y sabían que hacer, ayudándonos a mantener la calma. Dejamos la habitación y caminamos escaleras abajo mientras éstas se balanceaban. Nos dirigimos hacia la cancha de tenis desde donde vimos las ventanas del archivo de Madan Pustakalay estremecerse. El fondo del edificio, donde se encontraba el archivo que había visitado el día anterior, se había agrietado. El que me dice esto no fue otro que Kamal Mani Dixit, el que había fundado Madan Pustakalay. Satya Mohanji había hablado de él hondamente aquella mañana. El Pustakalay había instituido la Madan Puraskar en 1956 y Satya Mohan Joshi había sido el primer galardonado. Luego lo ganaría por segunda vez.

Estábamos en la cancha de tenis. Temblores afloraban de tanto en tanto. Cada vez que la tierra temblaba, amenazaba con partirse en dos. Cuervos aleteaban y graznaban. Cada movimiento era angustiante. Ahí fue cuando vi los árboles danzantes que Satya Mohanji tan bien había descrito. Repentinamente, sus palabras cobran un

significado que nunca antes habían tenido. Podía ver, gracias a mi propia experiencia, exactamente lo que él había visto ocho décadas antes. La entrevista ahora está fundada tanto sobre la experiencia del narrador como sobre la mía. Y ambas experiencias viven en mi memoria: sus palabras, su experiencia, su reminiscencia y mi recuerdo. La conexión que yo puedo ahora rastrear crea para mí nuevos significados. Empiezo a interpretar su experiencia reflejada en la mía. Quizás esa sea la más profunda conexión que habilita una entrevista. Y ese es el proceso al que debemos prestarle atención.

Estoy seguro de que mientras ustedes ponen en marcha sus propios proyectos, invitando a gente a compartir las memorias de una vida completamente alterada y recolectando historias que inevitablemente se superpondrán con sus propias experiencias, encontrarán la forma de ahondar en su propia empática escucha. Que nos dé fuerza.